

Los movimientos campesinos en la Guerra del Pacífico

Nelson Manrique *1978*

UN AÑO PROMISOR no era 1882 para los pobladores de la sierra central. Al acercarse el tercer aniversario del inicio de la guerra, Chile controlaba el mar; el ejército peruano había sido destruido y luego de la debacle de San Juan y Miraflores, la capital había sido ocupada. Aun más, el desconocimiento de Piérola como interlocutor para negociar la paz, por el alto mando chileno, había abierto el camino para que los civilistas nombrasen un nuevo gobierno que, inicialmente repudiado por todo el país, finalmente había sido aceptado gracias, principalmente, a la intensa actividad desplegada por el ministro norteamericano Mr. Hurlbut¹. Mas el reconocimiento de García Calderón como presidente, por los jefes militares peruanos de los ejércitos del norte, centro y sur, al obligar a la dimisión de Piérola, no había logrado unificar al país. Piérola contaba con muy fuertes lealtades entre las aristocracias provincianas, gracias a la habilidad con que logró clientelizarlas y capitalizar el resentimiento existente contra "la argolla" (los civilistas), a la que un amplio sector de la población responsabilizaba de la malhadada guerra y de las calamidades que había provocado. La división seguía pues, latente, y

(*) Este trabajo retoma algunos aspectos de una investigación mayor: **Campesinado y nación: la sierra central en la guerra del Pacífico.** P.U.C., 1978. Tengo una deuda de gratitud con Florencia Mallon, con quién compartimos un fructífero trabajo en la región.